

Rosa Ribas

# NUESTROS MUERTOS

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

ROSA RIBAS  
NUESTROS MUERTOS

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: mayo de 2023

© Rosa Ribas, 2023

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-1107-276-2  
Depósito legal: B. 6.439-2023  
Fotocomposición: Moelmo  
Impresión y encuadernación: CPI Black Print  
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Índice

Primera parte .....	15
Segunda parte .....	165
Tercera parte .....	251
<i>Agradecimientos.</i> .....	319

A la mañana siguiente apagó el despertador en cuanto oyó el clic metálico que precedía a la alarma. A pesar de esta precaución, Lola se removió en la cama. Mateo se vistió sin encender la luz para no despertarla. Como siempre, se puso una camisa blanca de manga larga, impecable, perfectamente planchada por Lola. Cada día, a la misma hora, ella le planchaba una camisa, solo una. La vida de Lola se sostenía gracias a un complejo andamiaje de rutinas que la guiaban a través de las horas. Mateo esperaba que ese cambio en su horario matinal no la hiciera sospechar.

Pero mientras se acordonaba los zapatos, notó que ella lo estaba mirando.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

—Las seis.

—¿Adónde vas tan temprano?

—Trabajo —respondió él. Solo tres sílabas. Las tres ciertas. Cuanto menos hablase, menos podría delatarse.

—Vaya.

—Sigue durmiendo.

Bajó, se tomó un café corto en la cocina, y a la calle. La moto lo esperaba en la esquina. Desde que trabajaba para otros, la prefería para desplazarse.

El primer trayecto del día sería corto. Transportes Peiró

estaba en un polígono del barrio, en la calle Sant Adrià, casi tocando al barrio de Bon Pastor. Ocupaba una manzana entera rodeada por una valla metálica del mismo color azul que el logo de la empresa. Una T y una P con una tipografía que recordaba la cabecera de la vieja revista *Teleprograma*. Transportes Peiró, una empresa del barrio desde hacía tres generaciones. Ellos sí que habían cumplido con el proyecto generacional que se había truncado en Detectives Hernández.

Dejó la moto en la calle y se acercó a la zona de oficinas, un edificio estrecho de dos pisos delante del cual aparcaban los coches de los empleados. La oficina de Marta Peiró, heredera y directora de la empresa, estaba arriba, en el lado derecho, y se distinguía por un ventanal que llegaba hasta el suelo. Desde allí podía ver las llegadas y salidas de los camiones y furgonetas que llenaban la parte posterior del recinto, donde se encontraban también los almacenes, los talleres y las zonas de carga y descarga, adonde daba otro enorme ventanal. Todo a la vista de la dueña.

No había nadie en la recepción, y, aunque llegaba un poco antes de la hora, subió hasta el segundo piso.

Al alcanzar el rellano oyó voces. Marta estaba discutiendo con alguien.

—Es que no entiendo por qué te pones así. Lo necesitamos.

—Llamarlo ha sido una decisión precipitada.

Reconoció la voz de Rafel Rocamora, el marido de Marta.

Las personas suspicaces creen que los demás están hablando de ellas. En este caso era así. Hablaban de él. Mateo miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie por allí y acercó el oído a la puerta.

—... absolutamente innecesario.

—¿Tú no estás preocupado?

—¿Cómo puedes preguntarme esto? ¿Tú qué crees? Pero contratar a un detective...

—No es un detective, es Mateo Hernández, es de aquí. Es del barrio.

—El barrio, el barrio. ¡Como si es de la Cochinchina! Además, ¿qué significa ser del barrio? Eso ya no existe.

Que no existía, decía. Para Rafel, que venía de fuera, de un pueblo de Lleida, el barrio era tal vez solo una demarcación. Una de las setenta y tres repartidas en veinte distritos perfectamente delimitados por líneas que te dicen a qué CAP te toca ir, qué colegio público les corresponde a tus hijos, dónde está la comisaria de la Guardia Urbana. Seguro que Rafel no ponía en duda la existencia de los distritos, y, sin embargo, eran tan artificiales como esos países africanos de fronteras rectas. Los barrios, en cambio, los de verdad, muchas veces no se pueden trazar en los mapas; los barrios están en la cabeza de la gente. En los barrios hay lugares que tienen nombres que no salen en los callejeros, pero se refieren a lugares, personas o sucesos que perduran en la memoria colectiva: donde la casa del vaquero, donde jugábamos al potro, donde hubo el accidente de autobús... En los barrios, los hilos de encuentros y saludos por la calle tejen una red invisible, pero sólida, que se sobrepone y enreda con las redes de parentescos, simpatías, odios, favores, rencillas, deudas, ayudas, amores, enemistades. El barrio eran él y Lola y Marta y el mismo Rafel, aunque este lo negara.

—Eso lo dices porque no eres de aquí —respondió Marta.

—¡Ni falta que me hace! Y puestos a buscar un detective, podrías haber escogido uno que esté a la altura del asunto. Tanto barrio y tanta hostia. Esto es un asunto para un especialista de nivel.

No había empezado y ya le estaba cayendo la primera bofetada.

También algo de información: quien quería contratarlo era Marta. Que no hubiera acuerdo entre los cónyuges sucedía de vez en cuando.

El tono de la discusión era agrio. Ante el riesgo de que uno de los dos contendientes abandonase el despacho y lo descubriera espiándolos, Mateo regresó a la escalera, sacó el móvil del bolsillo y fingió estar hablando mientras se acercaba de nuevo al despacho. Tocó a la puerta y, cuando Rafel la abrió, dijo:

—Bueno, te dejo, que estoy con unos clientes.

Rafel lo hizo pasar.

No lo invitaron a tomar asiento, sino a quedarse con ellos de pie tras los cristales que amortiguaban el ruido de los motores y las voces de los chóferes en el exterior. Rafel podría pasar por uno de ellos. Pantalones holgados y camisa de manga larga arremangada. Esto último le granjeó unas décimas de simpatía por parte de Mateo, que detestaba las camisas de manga corta, incluso cuando el calor apretaba. Una manía. También él tenía derecho a tener alguna.

Mateo y Marta Rocamora se conocían desde hacía años. Marta era la hermana menor de Sonia, una antigua novia del instituto. Durante más de medio año Mateo y ella fueron el Romeo y la Julieta de Sant Andreu. Un amor prohibido, porque los padres de Sonia no veían bien que la nena anduviera con un *quillo* charnego con aires de atracador de estancos.

Como su padre y su abuelo, el fundador de la empresa, Marta echaba ligeramente la cabeza hacia atrás y miraba con los párpados algo entornados de las personas a las que no les cuesta mandar. Esa mañana también, pero se la veía fatigada y tensa. Le sonrió esperanzada. Entonces él recordó lo que ella le había dicho a su marido: que él no era un detective cualquiera, era Mateo Hernández. Y Mateo Hernández iba a estar a la altura del asunto.



—Armand, nuestro hijo —dijo Marta—. No tenemos noticias de él desde hace varios días.

—¿Cuántos?

—No lo podemos saber, tiene treinta y tres años, es un adulto. No pasa a diario a vernos —respondió en un tono ligeramente enervado. Marta no había perdido la capacidad de hacer que los demás se sintieran estúpidos por tener que explicarles algo obvio, pero lo enmendó enseguida dándole más información—. Empezamos a preocuparnos cuando no nos devolvió varias llamadas. No es propio de él. Y fuimos a su casa, entramos, pero tampoco estaba allí.

—Todo estaba como siempre —dijo el padre.

—Armand es muy ordenado —añadió ella.

—¿No faltaba nada?

Mateo vio que Marta se contuvo para no responder de nuevo en tono desabrido.

—No lo podemos saber.

—¿Puede haberse marchado de viaje?

—Nos habría llamado para decírnoslo y despedirse.

—Siempre lo hace.

—¿Qué os lleva a pensar que no se ha marchado así, sin más?

Rafel, con las manos en los bolsillos de los pantalones, seguía con la vista, a través del ventanal, a un camión que salía del aparcamiento. Sobre la caja azul, el logo de la empresa con el año de su fundación, 1926. Pronto sería centenaria. Rafel se alejaba de ellos, se iba detrás del camión.

Marta, en cambio, estaba cada vez más presente.

—Verás, Armand, a pesar de su juventud, tiene ya cierto peso en el mundo empresarial de la ciudad. Para que te hagas una idea, dirige un gabinete de comunicación que asesora a jóvenes emprendedores como él...

Le resultó extraña la forma en que Marta le hablaba de su hijo, presentando una especie de perfil profesional.

—... pero antes fundó una empresa de *marketing* y publicidad, que se llamaba Saint Andrew, por el barrio. Y también trabaja para varias consultorías internacionales de renombre.

—Ya veo.

—Armand es brillante. Por eso lo mandamos a los mejores colegios, los más exigentes, quiero decir. No esos donde les regalan los títulos a los hijos de las infantas y similares. Colegios donde van los que después llevarán las riendas del país. —El orgullo era patente—. Y Armand sacó siempre las mejores notas. Matrículas de honor en la carrera, tiene varios másteres... Pero, como a todos los superdotados, la normalidad le aburre...

—Por eso nuestra empresa siempre le aburrió —murmuró el padre, más para sí mismo que para los demás. Se había vuelto por completo hacia el ventanal.

Ella no respondió a su marido, sino que continuó con mayor vehemencia:

—Es joven, es brillante, es ambicioso. Es normal que aspire a proyectos de otra envergadura.

El camión desapareció de la vista. Rafael lo despidió con un suspiro y se volvió hacia su mujer.

—¡Por Dios, Marta! Deja de marear el tema.

—Quiero que Mateo entienda cómo es Armand antes de...

—Antes de contarte que nuestro hijo está poniendo en marcha un gran proyecto para la ciudad. Algo que la transformará como lo hicieron los Juegos Olímpicos del 92.

Los padres de Armand se miraron como preguntándose si debían revelarle a Mateo de qué se trataba. Decidieron a la par que sí.

—Armand quiere volver a traer una exposición universal a Barcelona —dijo la madre.

—Como en 1888 y 1929 —completó el padre.

—Para que esta vuelva a ser la ciudad de los prodigios.

—Para que vuelva a brillar como antes.

Todas las desavenencias que habían mostrado antes de que llegara Mateo desaparecieron mientras hablaban del plan de su hijo con creciente entusiasmo. Había sido idea de Armand, había logrado convencer a un buen número de inversores gracias a que tenía excelentes contactos con el mundo empresarial barcelonés, el proyecto, eso sí, todavía no era público.

Mateo los interrumpió:

—¿Pensáis que esto tiene que ver con la ausencia de Armand?

Evitó expresamente la palabra «desaparición».

—Me temo que sí —dijo ella.

Rafel se mordió el labio inferior mientras miraba a su mujer.

—¿Por qué?

—Porque hay muchos intereses económicos de por medio —respondió Marta.

En situaciones así, Mateo callaba. Marta o su marido tenían que darse cuenta de que su respuesta era incompleta, pero él no iba a hacerles preguntas que influyeran en lo que tuvieran que contarle. Los miró alternativamente, esperando. Los tres seguían de pie, formando un triángulo. Otro camión con la lona azul abandonaba el aparcamiento, pero, en esta ocasión, Rafel no se volvió a mirarlo. Más bien esperó a que se alejara el ruido del motor antes de hablar:

—Como te ha dicho Marta, este proyecto implica no solo mucho prestigio, sino también mucho dinero.

—Es un proyecto muy goloso. Le ha costado mucho ponerlo en marcha, pero ahora todo el mundo se quiere subir al barco. Y algunos quieren abordarlo, como piratas. ¿Entiendes?

Todavía no, pero asintió.

—Armand no es así. Y jugar limpio en según qué ambientes es una rareza, una extravagancia peligrosa. Aquí, con no-

sotros —explicó ella—, ha aprendido cómo se gana el dinero correctamente: precios ajustados, horarios adecuados, sueldos apropiados. No es dinero rápido, pero es dinero sólido.

—Pero hay gente por ahí fuera que juega sucio. Gente que entiende la competencia empresarial de un modo poco escrupuloso.

—Me temo —concluyó Marta— que Armand ha sufrido amenazas.

—¿De competidores?

—Sí. Gente que no tiene demasiados escrúpulos, que se quita a los rivales de encima con métodos violentos.

—Mujer —interrumpió Rafel—, que esto es Barcelona, no Chicago o Sicilia.

—Sí. Esto es Barcelona. Aquí todo se hace con discreción —replicó ella—. Pero se hacen las mismas cosas. Solo cambia la forma. Es la misma mierda, pero sin alardes. Pero mierda, a fin de cuentas.

—¿Sospecháis de alguien en concreto?

—No tenemos nombres. Armand solo nos ha hablado del proyecto, de que cada vez se han ido sumando más inversores interesados. Nos ha explicado cómo sería la Expo, que piensa revitalizar para la ciudad la zona que el Fórum de las Culturas dejó más bien desangelada, y que quiere recuperar espacios que se crearon para las Exposiciones de 1888 y 1929, la Ciudadela, Montjuic...

—Está entusiasmado con el proyecto y está entusiasmando a mucha gente. Pero este es un país de envidiosos —dijo Marta.

—¿Os comentó algo al respecto?

—No de manera directa, pero últimamente se le veía preocupado, algo ausente. Aunque, si le preguntabas qué le pasaba, te decía que nada, que todo estaba bien, que solo estaba un poco cansado.

—¿Por qué no acudís a la policía?

Ambos se miraron.

—Porque su desaparición se haría pública y eso inquietaría a los inversores —explicó Rafel.

—Ya conoces el dicho: «Los inversores son ciervos asustadizos» —añadió Marta.

Mateo no lo conocía.

—Imagínate que nosotros damos una falsa alarma, atemorizamos a los inversores y le hundimos el proyecto —dijo Rafel.

—Por eso tiene que ser una investigación muy discreta, nadie debe saber que Armand ha desaparecido.

Es muy difícil buscar a una persona sin decir que se la está buscando.

—Haré todo lo que esté en mis manos.

—Por si te ayuda, ayer nos llamó Jofre Llosa, uno de sus amigos, preguntando por él, y nosotros le contamos que se había ido de vacaciones un par de semanas —dijo Marta.

—¿Adónde?

—Japón. Siempre decía que quería irse de viaje a Japón.

—Jofre es un antiguo compañero de estudios de Armand, tiene una empresa de informática importante. Es uno de los primeros inversores que Armand captó para el proyecto. Se extrañó un poco de que no le hubiera dicho nada del viaje, pero no preguntó más. Sabe que siempre le ha gustado viajar: es capaz de marcharse con una novia a pasar un fin de semana en un balneario en Praga, o de bordear la costa hasta Málaga en catamarán, como de coger un avión para ir a ver un musical a Nueva York —dijo el padre.

—Trabaja duro, se merece cierto esparcimiento. —Marta pareció sentir la necesidad de defender a su hijo.

—No he dicho lo contrario. Y es información importante para Mateo, ¿no te parece?

—¿Pensáis que quizás ahora se ha tomado unos días de «esparcimiento»? —preguntó él.

—No sin avisarnos. —La impaciencia de Marta cuando tenía que repetir algo se dejó notar de nuevo.

—¿No podría estar, digamos, cansado?

—¿Quieres decir superado por la envergadura del proyecto?

Por el tono de Marta, Mateo se preguntó si se estaban invirtiendo los papeles y ahora era ella quien dudaba de él.

—Exacto.

Los padres contestaron a la vez.

—Podría ser —dijo Rafel.

—Nuestro hijo no es de los que se escabullen cuando algo se complica —dijo ella.

Siguieron unos segundos de silencio en los que Mateo supo que se estaba decidiendo si iban a contratarlo o no. Un zumbido de insecto grande volvió todas las miradas hacia el escritorio. El móvil de Marta vibraba y emitía luces desde allí. Ella se acercó y lo miró sin tocarlo.

—Trabajo —dijo. Luego se dirigió a él—: Encuéntralo, Mateo.

Poco después salía con el encargo de una búsqueda secreta. Doblemente secreta: tampoco debían saberlo en la agencia para la que trabajaba. Se corrigió al momento al pensar que también se lo iba a ocultar a Lola. A ella nunca le había gustado que cogiera casos bajo mano. Un triple secreto. Llevaba meses sin sentirse tan vivo.